

ALIRIO HERNÁNDEZ

mea culpa



EDITORES



MEA CULPA

Alirio Hernández

Alirio Hernández
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798387865626

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

1

Lo común me esperó atento en una esquina.
Le acompañaban las cosas simples,
ordinarias,
diarias,
sempiternas,
mareadas ya de tanta cotidianidad,
y sumergidas en un cielo de contradicciones
entre normas y parámetros minusválidos.
Nadie más estuvo con nos,
solo la somnolienta ciudad derrochando
sus sonoros millones de habitantes,
con la piel embebida de *solo yo y nadie más*
en los días oxidados por la premura de siempre.
Desplegamos los rostros alucinados
entre el monóxido y demás humos,
desde la gente y otros accidentes naturales,
propios de la inexactitud del falible universo.
Confundidas desfilaron emperifolladas
disímiles circunstancias de instantes eternos,
disfrazados de vida y regocijo
con un tosco antifaz de frustraciones,
mientras los suspiros del recuerdo
caminaban con lentitud acompasada,
por la acera de la otra orilla.
Miramos las miradas
que auscultaban nuestra apariencia,
y solo descubrimos en ellas

la indiferencia que las describe
como la certeza de lo improbable,
sin importar para nada,
el material con que están hechos
los ladrillos del pensamiento...

2

Provengo de las vendimias del exilio.
Exudo los caminos pedregosos
 que amalgamaron mi fatiga dolorosa,
 donde el amargor de mis entrañas
 no recurre al amanecido tatuaje de la suerte.
Soy de las montañas que a lo lejos
 muestran las sonrisas de otros momentos,
 donde las cúspides se aproximan
 a los partos del tiempo,
y los pañuelos de cruentas miradas
 recogen los cristales de la noche.
Vengo de las tierras del aura naciente,
 de las veganas tardes de otras tardes,
 donde el día besa a los esclavos del querer,
 y la brisa arrodilla las palmeras
 ante un océano de lúdicas batallas
 en los confines de lo pretérito...

3

Entré a tu cuerpo desde mi tiempo.
Tu espíritu combativo sembró de bríos
las arterias de mis intenciones,
allá donde tu sexo lleno de respuestas
aguardaba erizado las preguntas,
mientras las campanadas del silencio
arrendaban la paz de los repiques.
La batalla enardeció al sosiego,
estigmatizó los silbidos del secreto,
desvencijó los resuellos de la cama,
erotizó los gestos de las ganas,
y respirando el hipócrita candil del pecado,
apaciguó el olor de los colores,
el aroma de la entrega,
y navegó por la cumbre de tus poros excitados.
Solo entonces,
las tentaciones hicieron equipaje
y emprendieron su marcha,
con la satisfacción del deber cumplido...

4

Las partituras se incrustaron de perdones,
y entonaron parabienes recogidos
en las flautas de la distancia.

Los bemoles de un te quiero,
respiraron complacientes y sonreídos
en la mies de las edades.

La brisa del verbo rendido
amarizó con vil rudeza
en las aguas de una calma despejada,
cuando las muecas de la sonrisa
se hastiaron de componentes,
saltaron las bardas del consuelo,
y con sus desencajadas solapas,
barrieron al amor en su equinoccio...

5

En leve profundidad de húmeda lujuria,
el venus montaraz se adormeció
entre mutuas caricias de los vientres.
El sudor tapizó de pliegues al éxtasis,
y amar se convirtió
en una vulgaridad del deseo,
cuando la navaja de la lascivia sajó los pudores,
ante la condición hembra para la entrega
que estalló los límites del decoro.
Allí,
mientras el placer se mordía los labios,
yacía escondido
bajo el solsticio de mis pesares,
mi inconmensurable orgullo.
Debí lograr reconstruir pieza a pieza
cada instante de mis ansias,
desarmadas ante la inefable retaliación
del inexacto cadáver de mis errores...

6

El manjar habita en lo breve...
La síntesis recoge los goces extendidos,
la instantaneidad colecta los vestigios succulentos,
los aromas de otras partes,
que son las partes de cada todo,
del apetito,
del placer altanero,
displicente,
humedecido de ayeres y milenios,
anohecido de espera,
somnoliento y despilfarrado,
hambriento de casualidades y encuentros,
derrapado en el pórtico de las carencias,
sembrado de solemnidad,
protocolo,
exclusión
y menosprecio...

7

Alcanzo a inhalar tu esencia de sendero
 en el rugoso olfato de mis afectos.
Mi piel recuerda aquel confitado roce
 que engendró litigios,
 cuando la ciudad dispuso
 llevar mi ajado cuerpo a tu regazo.
Un paraíso de prohibidas manzanas
 inyectó de culebras los adanes del pecado,
 fue forjando los grilletes de lo cotidiano,
 los eslabones de la furia,
las hormonas de una idea repetida en sí misma,
 el oxígeno de un bastión de libertades,
 los elogios de un sepulcro de apetencias,
 los pronombres de un lamento de canciones,
el alfa y beta de un sentir distendido,
 el sopor de una caricia sin suturas,
 y el epicentro de una ofensa deslizada
 hasta los confines de un endeble quizás,
que inquieto añoro desde la sinergia del verano...

8

La soledad se maquilló con paletas de colores:
Negro por la oscurana de lo incierto,
verde tras la inmensidad de los bosques,
amarillo sobre el doblez de los desvaríos,
marrón desde las entrañas del barro,
rojo en el sabor de las pasiones,
azul por la eternidad de un cielo libidinoso,
lila frente a la paz que se abre paso en la tormenta,
blanco en la esperanza de un nido y sus polluelos,
celeste entreverado con los desvelos de la noche,
turquesa en los desplantes,
gris ante lo adverso,
morado en las alturas de lo indómito,
rosado mezclado con la luz de los halagos,
magenta bajo las faldas de una ladera en celo,
beis en el anverso de los errores.
Con huraños pinceles barbados de vejez,
un arcoíris arrebató los sueños y los llevó consigo,
arrastrándolos por los parajes de tu abandono...

9

Una cuerda floja estremece huérfana mi destino,
avasalla con los pies la epifanía de mis creencias,
arrastra por el suelo los caprichos,
y acucilla las rodillas rotas en su cimiento.

Desorbita,

además,

los oídos del descanso,
arremete contra la paz de algún tormento,
desplazándose a grandes pasos
sobre la piel que se desgasta
bajo los signos de la inclemencia.

Surfea entre las costillas de mi espíritu plegable
desde las fronteras del pasado,
en las vertientes del futuro deshojado,
por las piernas de mis actuales angustias
preñadas de infortunio.

Se apropia de la soledad de mis sábanas,
engulle las madrugadas con versión insomne,
y estropea con uñas largas y afiladas
epitafios de otras tumbas,

espacios de réproba conducta,
aciertos de mis desaforados desatinos,
mientras ulcera las sílabas más tristes.

Es como un fantasma,

una especie de alegoría,

alguna condena no perpetua,

la reflexiva expiación de una pena,

o el martirio de lo ganado... lo merecido.
A pesar de la negada fragancia,
he de aprender a disfrutar tal obsequio
en la anonimía de su compañía...

10

La muerte va construyendo sus propios cimientos
mientras anida en la vida misma,
sin cortinas que sirvan de cuarto oscuro
ni paredes que hablen de otras eras,
en ausencia de puertas abiertas a lo eterno;
acullá,
donde los temores se despojan
de sus vestidos de bestia
para descansar el sueño permanente,
lo invisible exprime las visiones
y describe los horarios al son de una guitarra,
que entona las caricias del universo.
Ya es tarde para escondrijos y piruetas,
lo cotidiano hizo maletas
y se marchó sin el rigor de las despedidas;
deambula ahora en procura de otro huésped
que no intente avergonzarlo,
lanzándolo al bote del ocio irreverente.
Un inhóspito fantasma recorre las lunas,
bebe de la linfa y desangra los nervios,
come de las venas con su caudal de arroyo
y esparce las palabras que hemos guardado,
para no enmohecer el espíritu de los adverbios
conflagrados al margen de una historia.
Urde la metástasis de los equívocos,
colinda con un norte sin lado oriente,
y se desplaza frívolo, inconsecuente, aterido,

por las articulaciones de los impulsos,
pretendiendo regar con su vellosidad
la tímida sequía de sacrilegios
que reverbera en la insania de su espectro...

11

Una insolencia fue descendiendo
por las escaleras del entrecejo,
hasta llegar en cascada a tus caderas
sin desviar el sendero a las avenidas de tu aliento.

Una caterva de antifaces
busca un arlequín bajo la dermis exacerbada,
para nadar en los humedales
de mil pecados,
bifurcando tus recónditas culpas de mujer,
y tus edénicas manzanas maduradas
con el dulce aleteo de tu sexo ímprobo,
en el excedente de tus fueros femeninos.

Sin compasión la urdimbre social te condena,
te explota,
te aleja de sus devaneos,
sin importar más que los preceptos
que te hicieron prisionera
de una idea sin contexto
que pueda presagiarte,
excluirte,
o protegerte,
de un sectario decálogo
que te condena a los infiernos...

12

Nos saturamos de copas
mientras masticábamos el vino,
cuando la mentira se hizo historia
y los pecados lamieron la distancia.
En ese extraño sitio de cayenas
con olor a nardos infinitos,
construimos el puente que mimó nuestra silueta,
al tiempo que bebíamos la piel del otro.
Con los efectos narcóticos del alma,
en alguna plataforma de oasis y pesebres,
tus ojos dejaron olvidada una mirada
en el reajo del sendero.
(Quedó sembrado un grano de añoranza,
cuando agricultores de la pasión nos hicimos).
Nació así un sensual mundo de ternezas
cuyo sol ha seguido besando los destellos,
y los versos han germinado los poemas
que conquistaron labio a labio cada mano,
cada suspiro de tu exquisito universo.
Ahí,
en ese remanso construido de posibles
con los adobes de desprendidos besos;
en esa anchura de miedos y visiones
donde la melancolía dio a luz a la nostalgia,
está mi vida nadando en un charco de dudas
esperando el eco de tus enamorados pasos,
como si hoy fuera el ayer,
de mis más acicalados recuerdos...

13

Amanecí de puro sueño en el aliento de tus venas,
acariciando con mi pecho tus pechos,
en la pluscuamperfecta sintaxis de la lujuria,
redundando en la sindéresis del verbo,
regodeado entre los ventanales de tu sexo.
De caricias desayunamos los verdores,
de trinos bebimos desde la dicha,
la coartada se marchó con sus mentiras
y dejó desnuda la cama
con nuestros cuerpos desarropados.
Nos gozamos enamorados
al filo de una promesa reeditada,
los cuadernos del clímax
llenaron sus líneas con tus orgasmos,
al tiempo que el cinismo del provecho
inundaba los cuencos de tu vientre
con la procacidad de mis ganas.
Los relojes doparon las horas matutinas
para que sedadas enterraran sus agujas
en nuestro sosiego,
hasta convertirlo en angustia del miedo,
en atroz pecado del secreto.
Desde entonces,
algunos escurridizos días,
las campanas se emborrachan
y le escriben a la ebriedad de tu nombre...

14

Los papiros del alma despeinan las auroras.
La mezquindad es un árbol de sápidos frutos,
 cuyas ramas buscan el perdón de la sevicia
en los melindres de otras camas,
 de otras noches que son las mismas,
 de otros brazos que mallugan las ganas.
La arquitectura de la esperanza
 colecta óbolos y misericordia,
 para construir coronas de espinos
que habiten la redención de las actrices,
 tras los siniestros bastidores
de un anfiteatro sembrado sobre sus ruinas.
Hay boletos a una ficción verdadera
 deslizándose sus narices
por las taquillas de lo inesperado,
 y el acopio de evidentes pecados,
 de lo abyecto y el oprobio...

15

Tu inmodesta mirada salta en las plazas vespertinas,
 socavando con sus dedos un difuso sentimiento.
Hay claveles caminando en su marchita estirpe,
 gladiolas coronando de súplicas los elogios,
mientras sus orillas redondeadas matizan la dulzura
 de un boleto paisajeando los rieles de una promesa.
El canto erguido tongonea su delirio
 en la rupestre costra de una humildad amputada,
 y el añejo caviar de una vendimia de placeres
 tiñe las margaritas con un rosario de apetencias,
 en los destellos de una cúpula infalible.
Río abajo,
la soledad de un camposanto de caprichos
 sonríe al sabor,
 de tus carnes ofertadas a destajo...

16

Quiero habitarte lentamente...

poemar tu boca de azucena,
que tus caricias se derramen
en un vaso de alegrías,
bañarme con la loción de tus encantos,
vivir en tus anhelos,
en los circunloquios de tu grimorio de hechizos.

Quiero ser el espíritu de tu alma errante,
la miel que libere los arcanos de tu mirada,
el sabor de tu aliento

impregnado de síes y agasajos;
arrodillarme a tus instintos y deleites,
subirte al cielo de mi hambre masculina.

Quiero bajarte a un trono de gemidos sempiternos,
vaciar la luna en el sol de tus ramas dilatadas
y que recibas en tu pecho mis besos
desvestidos de suplicio y añoranzas,
cargados con el fragor del amor inagotable.

Quiero sentirte en mis deleites,
ser parte de tus huesos,
marinar tu piel desasistida de caricias,
ser tu yo conjugado con esmerada esencia
y vestir de luces las estrellas del universo.

Quiero,
solo quiero...

17

El dolor fue dando pequeños pasos entre las palabras
que se asomaron a los balcones del despecho.

Un racimo de violetas

llegó remando una barca de atardeceres,
con las penas dormitadas en la punta del recuerdo,
al tiempo que la lluvia fue rociando de angustias,
los bostezos de auroras sobrantes
en los zapatos de una hiedra del camino.

Tu pecho desgarrado

fue recogiendo los sonidos en las campiñas del tiempo,
po,

y sacro tu cuerpo *desinvitó* al cadáver huérfano
de lo pretérito.

Un barranco de lamentos mordió las ganas

abrasando al deseo de aparcar el olvido,

y la magia de tus desaires

cubrió con las muletas de sus lágrimas,

la frente cansada de un resentimiento

inmerso en el vaivén de una querencia...

Seremos ceniza ardiente al final del encuentro...

 basta el soplo de una vela
 para proscribir el rencor de tantos días,
y calentar en una botella de ron
 las alegrías faltantes,
 en las nupcias de nuestras almohadas.

Habremos de pretender entonces,
 apaciguar la sed de la hechizada sangre,
 beber del frío sus plegarias
y volver a la tierra que nos arrendó la vida.
Mojaremos con sudor la lumbre que se apaga,
buscando entre las llamas
 elogios y demás desechos del habla,
 que escurran de promesas
 el fino tacto de un amor atenuado,
 hasta convertir cada huella,
cada paso,
 en el trinar del viento esparcido
 que corre tras los talones de la distancia.
Escribiremos en las líneas de una añoranza
 los pedazos que sobren
de aquellas rotas letras de neón,
 cómplices fortuitas de los abrazos
que tamizan el tejido de lo prohibido,
 respirando entre la duda y el pánico
de un fracaso a la vuelta de otra esquina...

19

De satén coloreamos los dilemas inmortales,
y envolvimos de fatiga y misticismo
el vaso lleno de lo fortuito.
Las alas de la infiel victoria
fueron derribando las fronteras
con sus pies de incendio y sus promesas usadas,
pero en muy buenas condiciones
y en perfecto estado de función y desengaños.
La vida gestó pasiva su faceta de experticias,
éramos arbustos del pensamiento,
raíces del aprendizaje,
tonada de agrio perfume y episodios,
caobos de un bosque con olor a duda,
o agua de cascada en un recipiente de nubes,
flotando en el fondo de una suerte opresiva.
La herradura de una vereda de recuas,
llevó nuestros nombres consumidos de llamas,
y el amor que apretaba en mis puños
ajó tu silueta en el sepelio de las flores.
De allí a la eternidad a paso de milenios
fuimos copando un cáliz de fangales,
tras la escasez de una abundancia empobrecida
como escaramuza de sortilegios enganchados
a la esperanza de una manada de mensajes,
cada uno con su propia paloma caminante.
No supimos de abrazarnos al desquite,
nos rendimos a la dictadura del abrigo,

a las pezuñas de la resentida vileza,
a los demonios del dolor de perdernos
 y al calor de una montaña de helechos,
 sucumbiendo al huracán del hastío.
Sorbimos angustias y recelos,
 acoplamos la razón a lo prohibido,
mientras bebíamos de la fuente de los afanes
y lo vedado tamizaba nuestras dudas,
 hasta el fondo de un horizonte de placeres
que perdió su norte en las palabras...

20

No me entregues tu cuerpo
hasta que la locura lo inunde con el mío.
Dejemos que todo suceda
mientras pasa lo que ha de suceder;
no enamores mi furia masculina
ni beses con ternura mis ganas,
esperemos alguna descarriada noche
con serenatas de lunas derramadas.
(Seamos como un alfabeto,
cuyas letras huyen ante el temor de ser leídas).
Esperemos que un pañuelo cubra con su sombra
las manos extendidas entre plegarias;
invoquemos las tertulias de la cordura
y saquemos del bolsillo del alma,
un anillo de espejismos
que nos prometa la saciedad del apetito...

21

Recuerdo sonreído aquella esquila,
en la que simplemente nos invitamos
a hacer el placer sin restricciones,
a escondidas del amor...

22

Caminas descalza en un baúl de metáforas.
Hay un derredor cargado de gestos y serpientes
esperando la mirada de tus remos abiertos.
La piedad susurra en tu piel
frases de otros eventos confiscados
en las protuberancias de una oración de creencias,
y los signos de la nada convierten el *siempre*
en un algo que enaltece tu feroz apetito,
sustentado en el candelabro de tus poros.
De auroras y ocasos
construyen los días cada noche ausente,
mientras la exégesis de lo nuestro
enajena la razón de un *te amo* dolorido,
que suspendido en el vaivén de la vida
oscila su nombre entre lo mío,
que es todo tuyo,
y lo tuyo,
que ya no me pertenece...

23

Edulcorar la espera no fue suficiente
para las lides de las entrañas.
La rueca donde hilvanaste
el armisticio de lo nuestro
fue desangrando las querencias,
y derramó poco a poco... lentamente,
las ventanas por donde se despide la mañana,
cuando la noche amanece tibia y seductora.
Fuimos arena de algún desierto
cultivado de fresas y manjares,
mientras las líneas de los eventos
cosechaban el olvido de otros labios
y el ingrátido influjo del desengaño
devolvía las heridas a remotas cicatrices.
De primavera vestimos los miedos,
y la dulce sapidez de lo incorrecto
hizo florecer el sabor de lo escondido...

24

¡Tómame!...

Haz de mí un guiñapo de carnes y apetencias.

Estrújame contra tus credos,

amortigua con tus senos mi desenfreno,

ablanda mis durezas,

y en tus paréntesis tibios,

apaga el tupido fuego de candelas ardorosas.

Acoge mis afectos,

no frenes mis propósitos.

¡Los descuidos apestan a cobardía!

No dejes avanzar las debilidades.

Tus miedos sudan feromonas de siempre mía

cuando los desatinos,

quedan al otro lado de las ganas.

Mis ambiciones trepan montaraces tu venus,

y tus labios eternizan

el sabor hormonal en mi boca.

¡Erijamos nuestro torso!

Soporta el peso del vaivén de mi cuerpo,

y distrae luego en zigzag,

tus caderas sobre mi pelvis.

Engulle mis antojos,

mastica el sabor de mis caricias,

regálame resquicios de tu mirada volteada,

y entrégame tu sensual esencia.

Promueve que mi morbo sea tu morbo,

que las sobras de nuestra lubricidad

conviertan en hoguera la fundida esperma.
Arrópame con pedazos de tu piel erizada,
drena de mis poros el sudor de tu entrega,
seca los fluidos derramados en mi dermis
y sorbe los residuos de un final de apoteosis.
Luego,
viste las ropas que esconden el romance,
y despídete,
con un beso volcánico en mi garganta...

25

Tatuado en mi boca conservo tu último beso.

Vituperan los saldos de mis trasnochos,

 a las más endebles pesadillas

 de fantasmagóricos amaneceres,

que turban el arrepentimiento.

Los lamentos van evaporando mis quejidos,

 mientras los cuarzos de la cama sola,

 juguetean moldeando las esmeraldas

 en la espesa calma.

Busco a tientas

 el paladar de los antieres invocados

 con los axiomas de la gloria

 exudando sus sabores,

 y aún no logro sopesar

 el resquemor de lo tortuoso.

Acerco los harapos de mi espíritu

 a tus sopores románticos,

 mientras sonsonetes de los desplantes

 atestan los pesares,

sin lograr que tu conmiseración

 ovule para mis ansias.

Tenerte a medias es como no tenerte,

 como buscar un sol resplandeciente

 en una lluvia de torrentes y escarcha,

como tratar de retener la brisa

 en un cedazo de fracasos,

como estar siempre esperando un tal vez,

 en mis ganas de tenerte...

26

La penumbra transpiró infames incoherencias.

Una soledad minusválida avanzó

hacia el encuentro fortuito,

y una petulante brisa caladora se contorneó,

coqueteándole a la lobrete de la noche.

Mientras,

en la acera de enfrente,

aguardaba el impaciente cortejador alucinado,

por la fuerza de una vanidosa quimera.

En tinieblas,

esperaba los primeros amagos de su presencia;

imaginaba su cuerpo desagregando

la fragancia de una febril lujuria,

en tanto el cielo obsequiaba

lo mejor de su estrellato.

La ansiedad fue entumeciendo las pisadas

de los pensamientos ambulantes.

Presentía que la lejanía se acercaba pensante,

sin irritarse por excusas que prodigasen

la frescura de un semblante añejo.

Era fecha de verse después de mucho apetito.

Era un día para amar a escondidas,

como aman las lunas a sus planetas.

Era jornada de fluidos y orgasmos

con pretensión de dicha,

entre las sórdidas paredes cómplices

que dejan ocultar los placeres.

Un sonido parco,
sin eco,
salido tras un trémulo gatillar asesino,
desfloró el agrio silencio oscuro,
y las pisadas con premura
dejaron sentir el temor de quien huye.
Nada permitió verse a la distancia,
solo el tortuoso desplome del cuerpo inerte
asomó su existencia,
mientras la sangre manaba del pecho
de la mujer infiel que se acercaba...

De tanto en cuando,
 las letras de la poesía
 amarizan en la mirada del alma,
 en forma de gotas de lluvia.
Las polainas de la belleza
 cabalgan los partos predicados,
 mucho antes de que los versos
 doblen en la próxima esquina,
 para perderse de vista —y fragancia—
 en las páginas gastadas de un viejo libro,
 destilando avidez de beberlos.
Beber poemas en la resequedad del espíritu,
 o en la cima de una intención alada.
Beber poemas el mendigo
 para saciar su hambre de paz,
 buscando penitente un motivo
 que le permita respirar la vida sin ella.
Beber poemas el sediento de caricias
 que trepa al entusiasmo para alcanzarlas,
 y el desvalido que recoge el hilo de sangre,
 desprendido de un corazón ultrajado
 por un pérfido desengaño.
Beber poemas el hombre que navega,
 sin fijar un rumbo que le depare consuelo.
Beber poemas,
 el que tiene sed de un reencuentro,
 de saquear las pretensiones de un olvido,

de obviar el místico flagelo de las ganas.
Beber poemas,
quien sumerge sus anhelos
en las manos extendidas de una esperanza,
o en la sonrisa de una soledad engreída
desde la tormenta de su infortunio.
Beber poemas,
quien vive la catarsis de una desdicha
y camina sobre ancas de incertidumbre,
porque nunca se atrevió a beber poesía...

Un anochecer con luz al final de su luna...
 Un espejo añejo reflectando edades y destinos,
 guirnaldas sujetando los hilos de la vida.
 Convexidades de la esperanza
 saboreando susurros esparcidos de espesura,
 en el camino atestado con pedazos de alborozo
 y refriegas de propósitos prisioneros en jaurías.
 Euforias ahogadas en plácemes y gritos,
 años que cambian de ofidio con cada piel
 desde las escamas de lo incierto.
 Gargantas impregnadas de tremor y sobresalto,
 matices refrendados
 por una gama de colores polvorientos,
 trinos habitando enjaulados tras liberar su vuelo,
 estupor y malicia,
 conjugados en las matemáticas del deseo;
 sexos desafiantes,
 primaveras luciendo las carnes de un viejo otoño,
 ríos apresados en corrientes de un sino pausado,
 veranos repletos de inviernos y algunos libros.
 Hostil en su fiereza,
 acogedora en sus arrullos,
 indulgente,
 o humanicida,
 la ciudad exhibe sus íntimos contornos
 en los perfiles de su manida intriga...

29

Las manos ausentes del abrazo
 hoy no ocupan las sillas vacías.
Se tornan solo en recuerdos desprendidos
 de sonrisas sumergidas en vino celebrante,
 embriagando los labios que la lejanía reseca.
La lumbre de los besos apagados de distancia
 ya no desprende su olor a ternura;
 la mirada que eclipsa investida de cercanía
 no luce ahora sus ropas de hechizo,
aunque la vida siga dando vueltas
 alrededor de nuestros mundos.
(El desafecto me ocasionó grandes poemas,
 que aún no termino de resolver).
Las lágrimas reclaman su espacio a los pesares
 y la tristeza corona con sus espinas de olvido,
 reminiscencias de encuentros bañados de alborozo.
La poesía se vuelve escape del apego inagotable
 la noche de festividad y cañonazo.
Una nueva traslación terrestre entreteje los sentidos,
 y el tiempo desprende hilos de amarga incertidum-
bre
 urdidos uno a uno,
 en el envés de la esperanza...

30

El sol despertó con su cepillo de dientes
 en las cobijas de una aurora vagabunda.
Ató los cordeles del mocasín de pasiones,
 mientras una infame laguna
 retozaba nadando entre los peces.
Un asterisco demarcó los pensamientos desnudos,
el guardián de turno lanzó al aire su coartada
 y los perros movieron la cola de la montaña,
 que atisbaba agazapada bajo las alas de la lluvia
 cuando inundó de sierpes al bosque de cemento.
La ciudad bostezó sin algún recato,
 desperezó sus instintos,
 desbarató las promesas incumplidas
 y minuto tras minuto,
acudió a la sensación de tenernos en sus brazos...

31

La risueña noche pareció guiñar sus ojos,
intentó lamer las cicatrices
 impregnadas de duelo y tormento,
pero su empresa flotó a la deriva
 como si de una inútil muela cordal se tratase.

De repente,
 un recuerdo tropezó y cayó de rodillas,
con sus manos de yeso filtró lo sublime,
 los granates de la dicha se tornaron iracundos,
 y la soberbia con su cabeza gacha,
rompió las formas de lo finito
 en la estructura cóncava de la memoria...

32

El pesar adormeció los gritos del placer herético.
Las carnes fueron desgarrándose
 con crepitante lentitud agónica,
represada en la espiral de mis mejores intentos.
Los sombrajos durmieron en colores,
 dispersaron las opciones de esconderte
 tras la aspereza de los encuentros,
 que cubrieron de piel los triángulos
de tus propias ebulliciones.
Apellidaste los brotes de la lascivia,
con la esencia de sesiones de apareo
 bajo la forma de heptaedros
uniformados de llanto,
y catapultados al inconmensurable deseo
 de poseer tu ostentosa geometría...

33

Cabizbajo pasé por allí,
por donde las ruinas del ocaso
orinaron a las despedidas.
La noche me interceptó...
Me invitó a soñarla,
pero me la bebí de puro insomnio,
mientras armaba fragmento a fragmento
los pedazos de tus gemidos,
en el rompecabezas de la ironía.
Tu cuerpo sirvió de escritorio
para el libelo de mis demandas,
y las gavetas de tu pubis
guardaron las pruebas del romance,
por si algún día de estos
(o de aquellos)
volvemos a encontrarnos...

34

En la altivez donde empapabas la rabia
dejaste tiradas,
abandonadas a su suerte,
como lágrimas arrodilladas sobre saetas eternas,
las sílabas de amor que le inspiraste a mis labios.
De pendientes y artificios saturaste la lisonja
cuando rebuscabas entre los cadáveres de las letras
versos rimados nunca escritos,
para despojarlos de su asonancia.
Flotaste una tarde de esas
tras la mañana de mimos y madrugadas,
en que la espera diluye los rostros
de las carnes que exorcizan las pasiones.
Te despediste sin irte,
tu cabello quedó en mis retinas,
tus ojos asomaron la mirada,
tus manos envolvieron el rito de la partida,
mientras mis dedos rescataban los colores
de aquellos besos que dejaste olvidados,
en una esquina de la cama...

35

Se me cansó la piel de esperarte...
El sudor de los recuerdos
 cambió el cauce de las palabras.
Ahora los párpados del alma
 se ahogan en la inmensidad del antes,
 mientras caminan con el pesar a cuestras
 por las avenidas de la esperanza.
No hay sosiego para tus huellas,
 la vanidad de mi entrecejo hizo maletas
y ya mi boca no pronuncia tus besos.
El orgullo de amarte sigue rebuscando tu mirada
 en los folios tristes de los días que escaparon,
 cuando las horas
 eran un papel en blanco sin membrete,
 que auspiciaba el llanto de los tormentos.
Se me cansó la piel de tanto esperarte,
 en el incólume poniente de mis deseos...

36

De abril y septiembre
se hicieron pletóricos los eneros de cada año.
Cumpliendo abruptos segundos
los días se abalanzaron sobre la dicha
y perpetuaron los marzos de infinitas soledades,
mientras la lluvia copulaba con placeres mal habi-
dos.
Lumbres de fogatas a media asta
iluminaron con sus brazos extendidos
las cenizas conflagradas en un recinto de pasiones,
lleno de rocas despeinadas
y recetas para un exquisito plato de palabras.
Eso que llaman suerte
engendró en su estirpe de azares
los fetiches del infortunio,
los dolores de la distancia,
los quiebres del alborozo,
los goces turbulentos,
y el anochecer de un milenio de amor indisoluble...

37

En mi boca preservó tus besos,
pernoctan compungidas las caricias de tus dedos,
amanecen las palabras vestidas de elegancia
y los piropos nonatos que en mi pecho se rompieron.

Es mi boca lo sublime y lo ignoto,
la paradoja del sentimiento,
la opacidad del deseo,
un bosque de puñales zaheridos,
el Olimpo del perdón que se desgasta
en las pasarelas del nunca.

Es mi boca la mano que acaricia el recuerdo,
la plenitud del sosiego que corre lento,
el árbol de la vida que no acopia su néctar,
los pies descalzos de una pasión distante
y el mentor de las noches que se deslizan
entre la soledad y el arrepentimiento.

Es mi boca la muerte y la vida,
la esperanza y el desengaño,
la espesura triste y las aguas sonrientes
lo fortuito y lo perenne,
lo oscuro y lo claro,
lo blanco, lo profundo,
lo ripio, lo cercano,
lo bueno, lo inalcanzable.

Mi boca será la tierra indómita sobre mi féretro...

Todo empieza y acaba en tu garganta,
la noche se acuesta entre relojes
y el susurro amanece en el despertar del horizonte.
Gritos feroces regurgitan en mi frente
las palabras que escaparon a las caricias,
hay ventanas que el alma plena de cerrojos
para poder tragar los gritos del orgullo,
sincerar los acertijos,
estratificar la pasión de un credo invidente,
soliviantar la saliva de lo perdido,
esculpir una canción que alivie los perdones,
mientras preño las ideas de trajes pomposos.
El candor de una mirada
coloreó su desconsuelo en las aldabas del silencio,
escurrió la sangre petrificada por la cordura,
y la pasión,
corrió desnuda entre los pliegues de un abrazo...

39

Depresión e infortunio colmaron el sino.
Las palabras se convirtieron en titanes
 aguardando el rocío de la fortuna,
 sentadas en las espaldas del aire,
 rumiando el frío tremor de vanas oraciones.
De sustantivos antidepresivos estoy hastiado,
 desorientación es el paréntesis de mi estigma,
 busco reivindicar el parto del futuro
 cuando el presente encinta penetra con sus navajas.
Las calles citadinas ya no saben de ilusiones,
 los otros no entienden de sonrisas y penas,
 solo yo en mi cuarto degluto lo oscuro,
 regurgito lo amargo,
 me indigesto con una efímera algarabía.
¡Nadie conmisera su piel con mis zapatos!
El reto huele a hiel disecada
 en las páginas autografiadas por la desdicha.
(El arrepentimiento es un payaso descalzo,
 que busca a tientas la evolución del optimismo).
Bajo las redes de un ramaje que pende del cénit,
 se arrastra en tinieblas un insulso pensamiento...

Todo se tornó en miedos.
Paredes asfixiantes,
 pretextos huérfanos,
 compendio de lábiles copas.
El temor exhibió su traje de luces,
 una nube arropó de emoción al sol vespertino,
 los gritos fueron ahogando lagos de empeños
 como proverbio desbaratado en lo instantáneo.
Sorbía el aire los influjos,
 las mieses señalaron lo lejano
 y el despertador oxidó su alarma de intentos.
Regurgitaron etiquetas en trémulos dedos,
 entre las carcajadas del viento.
Sombra batiente,
 tenue luz que desfigura las ropas,
 esfuerzo vano.
Las promesas envolvieron las ganas,
 la pereza arrodilló su cuerpo deformado,
 un sepia ardor saltó al horizonte
 tras los ojos escrutadores.
Mudas gargantas sorbieron matices
 en las catacumbas del hastío.
Las venas temblorosas se preñaron de susto
 con su antifaz de vocablos.
Sosiego y lomos de libros invitantes
 al café de los insomnios,
 la suerte caminó con el destino entre sus fauces

(Algunas tardes de primavera,
también se preñan de imposibles).
Campanas envainadas en óseos refugios
 tañeron azulados trazos del recuerdo,
 alas de pergaminos envejecidos de angustia,
 ... solaz acariciante de cercanías,
 emociones en pechos henchidos de faena.
La desnuda brisa con despertar de virtudes
 colectó en sus cuencos las frustraciones,
 los árboles endilgaron los acentos...
Áureos panfletos definieron las órbitas del verso,
 la lluvia dejó caer las pausas de un poema
 y de a poco,
 el miedo fue abandonando la escena...

41

La semilla germinó la existencia.
Amalgamas consteladas sobre nefastas huellas
 rubricaron el espíritu indómito.
La luz caminó tras los colores
 mientras tus manos colectaban los vientos.
Una sonrisa paseó su lustre
 entre alegrías atrapadas en el tiempo.
Llegó el todo desde la nada,
es decir,
 la nada inmersa en el todo.
Los ojos amaron más allá de tu primer llanto,
 más acá del primer diente lechoso.
Una flama ardiente envolvió de episodios
 los rostros curtidos de bienvenidas y adioses,
es decir,
 floreadas nubes lamieron las mejillas,
 abatieron la nostalgia,
 transmutaron esquirlas de ausencias,
 en efímeras gotas de una lluvia de deseos.
Una sonrisa pintada gimió en el desierto,
 donde crecen las espinas del alma.
Travesuras de caracolas itinerantes...
 aturdidos pechos de cofres inescrutables
 malversaron el amor en soliloquios,
 como desnudando de adjetivos al silencio.
Tus manos y las mías ya no se tocan,
 ya no huelen a vestigios de futuro.

Hay torturas en el recuerdo de la dicha
... las diásporas hechizaron las retinas,
es decir,
ya no veo el color de tus abrazos,
ni acercamos el Sol a nuestras noches menguantes,
ni sorbemos los efluvios del otro.
Enquistamos el querer en la distancia,
es decir,
ya no sudamos los poros del entusiasmo,
ni recorremos juntos los episodios de la espera.
Tu piel ya no acaricia mi frente,
no jugamos en la cama llena de aromas y lunares
ni juntamos pasión entre nuestros desvelos,
es decir,
ahora orillamos los códigos,
arrasamos nuestro verbo,
amamos el consuelo
y los despojos de lo eterno,
aunque nuestro cielo
haya perdido su propio universo...

Los miedos
 son aves disecadas
 en los espejos de la mente.
 Una luz trastoca los tiempos
 desde las fronteras del destino,
 ... sobrevuela el infinito,
 el aire recorre los hitos de la razón
 para convertirse en elemento de sosiego.
 Incongruente enigma de la memoria,
 como espantapájaros dormitado.
 ¡La tarde recoge
 las consonancias de los versos!...

43

¿Qué hay más allá?
Más allá de todo,
de nada,
de cuánto,
de dónde,
del tiempo dilapidado,
del espacio no aprovechado,
de lo bueno, lo aciago,
lo inmenso, lo pequeño... el desperdicio.
¿Espectros de cartulina?
o... ¿edenes de púlpitos y diezmo?
¿Odaliscas castradas, o pailas dantescas?
¿Ángeles caídos, o querubines sosteniendo las
auroras?
La indigencia del alma
manufactura sus propios monstruos,
creo,
y la alquimia de la razón,
moldea los mitos
donde habrá de inhumar sus temores...

Los estruendos del plomo
 reptaron a través del miedo,
 silenciaron los silbidos de la rabia.
La muerte caminó entre el dolor
 y la prudencia de una causa no perdida.
De incertidumbre se coparon
 las auras del pensamiento dominante,
 derramado en las veredas conquistadas.
Algunas batallas perecieron
 en las frías noches del desgaste,
 el amanecer vomitó cómplices
 y el poder exhibió sus gigantescas pezuñas,
 horadando las cavernas emergidas
 desde los aceros de la ruina.
Nadie supo en cuál momento,
 la guerra creyó que era grata visitante
 vestida con las galas de la justicia...

Una marca en tu cuello te delata...
Grita trajeada de sombras
los enigmas de tu conjunción pretérita,
desparramada en las charcas
de tus carnes estrujadas.
Los labios del perdón
emulsionan la duda,
no hay sustantivos para tu nombre,
entintado con la flor de un desacierto,
como si la inmensidad del agua salada
se alumbrara de aceptación y entenderes.
Un vaivén recoge las lluvias del ocaso,
una nube desprendida cae lentamente
sobre la tierra fértil de tu pecho,
cargado de espinosos lamentos
por la rebeldía de una tarde preñada
de omisiones y desacuerdos...

.

Amo tu desprecio...

algo tuyo palpita en mis errores (significa)

Una maroma de nudos asfixia los días,

mi garganta extiende un tapiz a tu paso,
bebo de tu odio espumoso

hospedado en las sílabas del orgullo,
comparto con los apuntes del desplante
las sutilezas de una ofensa irreversible.

Una palabra mal esculpida arrastra sus cueros
en las rotas manos de los años,
como si de certezas de acero inoxidable se tratara.

La verdad mira desde lejos las agujas del tiempo,
las mismas agujas que se alejan,
las que se apagan,
las que no vuelven,
las que terminan muriendo,
dentro de cada día sepultado
en los ápices del recuerdo...

Entraste cautelosa por la puerta a mis espaldas...
La tarde goteaba los gritos de otros días,
crujían los lamentos de un otoño saturado,
la atmósfera entumecía la oquedad del apetito.
El cielo satinó las sonrisas del olvido,
que fue sumiendo los vocablos del silencio
en los parches apocados del desánimo.
Salpicaste de océanos terrosos tus labios,
partiéronse efigies en miradas de resguardo,
la luz de una certeza abrió los candados del verbo.
Te miré sin mirarte,
sentí tu aliento de bala encendida,
las saetas de tus párpados mohosos,
la cima de tus pretéritos marchitos,
el rocío de tu piel envolviendo mi afán de sacrilegios.
Un céfiro desnudó los hechizos de tu cuerpo,
fuiste penetrando los oasis de mi desierto,
mientras caminamos descalzos por el filo de la noche.
La otredad trajo consigo los poemas del desvelo.
El marco del universo vespertino,
plegó sus alas de pisadas encriptadas
en los vestigios del entredicho.
La cordura navegó escondida en el farol de tus retinas,
el trasiego de mis besos empalagó la incertidumbre.
Dos columnas apertrechadas bajo el amparo de la luna,
abrieron paso al horizonte de tu sombra erguida.
¡Azarosa sorpresa!

... las tinieblas llegaron para apertrecharse
soñando las caricias de la luz menguante.
Recogimos los trastes de lo nuestro,
marchamos cada quien con cada cual,
prisioneros nos hizo el deseo frustrado
y tu silueta fue desdibujando las cicatrices,
que alguna vez dejamos talladas en un árbol sin edades,
desde las fronteras del destierro.
Fue entonces
cuando nos descubrimos...

Las palabras fueron respirando
al tiempo que dibujaban sus vísceras abiertas,
esdrujulizaron los sentidos,
acopiaron las sílabas de la memoria,
mientras las estrellas arengaban a Selene
en una madeja de proscritas apetencias.
Los hiatos del orgullo sorbieron los perdones,
como los aullidos a un secreto,
o los gritos del mutis a una oración destemplada.
Una escalinata áurea redobló sus pasos
en la sombra de los sonidos,
y los ojos fueron poco a poco
atrapando en sus caricias,
el envés de una frase deshojada
tras el umbral de una lluviosa noche...

49

Busco el verbo entre los escombros de lo nuestro,
como la lluvia busca los colmillos del viento,
o una fruta a la semilla de un cultivo de silencios,
o la oquedad a una desgracia vestida de disfraces.
Lo infinito no cupo entre nosotros,
de lo eterno y los abrazos
nos fuimos despojando lentamente.
Supimos de alegrías y canciones de parto,
de afectos infantiles y papás ufanos,
antes de que el sino doblara el brazo a la nostalgia.
De amanecer y futuro fuimos libando
el amargo acíbar del cansancio,
hasta que la oscuridad usurpó con su brillo,
cada resquicio del amor que nos tuvimos...

50

El tiempo sostiene en sus muros
una alcancía vacía,
sacude su voz apagada,
gime las horas de la distancia,
murmura los entredichos del olvido.
No hay nada tierno en mis recuerdos,
porque no ahorré las caricias engastadas
en los momentos que irrigaron la dicha.
Los lapsos de tus reproches
deambulan en el temor de abordarte.
¿Cómo decirte lo que no puedo decirte,
sin que digas que no debí decírtelo?
Hay una multitud de tónicas palabras
esperando que le des significado,
sin que suprimas la tilde de los afectos...

51

Poseo tu boca hechizada de ecos y placeres
aún latente en mis noches inquietas.
Mi memoria retoza con tus promesas,
aturde el entrecejo cada vez que despierto,
trae tus besos impregnados de colores
con líneas que se curvan hacia lo nunca,
hasta la encrucijada de las miradas
que malgastaste en los recodos de tu sonrisa.
Aún me sabe a lujuria
aquella tarde de tantas tardes,
donde las promesas bailaron vales
y cantaron sobre el colchón de tu vientre,
cuando las barcazas de la ventura
disiparon el adiós hasta más luego.
Aún tengo agazapadas bajo mis ansias,
las manos remotas que acariciaron
vastos ínfulas de apetencias,
deshechas por la distancia...

Viejo andén de cirios desgastados,
la vida riela con su pesada carga de sollozos.
Los pensamientos eyaculan ideas amorfas,
partos del infortunio se adosan a las creencias,
los versos duermen su pesadilla noctámbula,
recogiendo uno a uno los sueños de la tarde.
Vivir,
entonces,
se transmuta en desdoblados amaneceres,
cuando las gélidas notas eclipsan las cumbres
con cantatas de arpegios y poemas descifrados.
Las mañanas acarician onomásticos,
en tanto que las maletas regurgitan el bagaje de los
años.
Un viento de cola saborea la desgracia
como si la luna fuese la ramera de la esquina,
lejos de los perfiles del aliento.
Hay presagios
destilando placeres enarbolados
y una lluvia de susurros continúa
esparciendo gotas pecaminosas,
sobre el anonimato de tu cuerpo...

¡La vida vive!

El universo escurre sus ladridos
 en la alacena de un lejano plenilunio,
 al compás de gemidos con nombre propio.

El tic tac de una roca desgastada
 se mece en las espaldas de la consciencia,
 algunos estruendos erosionan la dermis,
 las lágrimas agrietan el templo del espíritu,
 un rumor a veces grita las verdades atrapadas
 cuando tu imagen trastoca su propia savia.

Un lucero
 acaricia el fulgor en holística figura,
 ante nubes manoseadas
 por espinosas y agrestes migajas de barro.
 Algún racimo de venas marmoleadas,
 respira en tu cuello de tentaciones fugaces...

Estás en los trazos de una palabra esquilmada.
Caminas en las piernas de la lluvia,
en las tórridas faldas de una planicie,
en el sabor de los colores,
en la esperanza de quien bebe alegrías,
en la magia del vuelo que permuta la existencia.
Mi torso aloja la esencia emulsionada,
recoge la eternidad del abrazo fraterno,
la bondad inagotable de tu manto,
la placidez de tu verbo reluciente,
tus caricias redentoras,
las noches saturadas de protector regazo.
Entregaste tu único vástago ungido
para que los clavos de la ignominia
atravesaran las manos del mundo,
sus manos,
nuestras manos.
Vives en mis noches, mis días.
Respiras en las vísceras de una dádiva
lanzada a las puertas de un paraíso nómada.
Soy rehén de tu gracia, mancebo de la gloria,
amanuense del universo encajado en la infinitud.
Hay una unción que baña el cosmos de tu cuerpo etéreo
en cada palpar de mis latidos.
¿Quién eres, Dios? ¿Una oración cabalgando el destino?
¿O eres todo lo que en cada nuevo día amanece?
¡Oh!...

ya te siento entrañado en mis dudas.
Eres lo que creo que eres,
lo que siento que eres,
lo que pienso que soy.
Estás en mí, estoy en ti,
estamos juntos en estas lides etéreas,
somos una sola entidad, una sola reliquia,
cuando descubro que significas
lo que mi mente implora que signifiqués.
Tu influjo emana paz desde un crisol ardiente
envuelto en los lazos de una plegaria.
Eres quien eres,
soy quien soy,
somos lo que somos...

55

Torné mi vida en ritual de desaciertos...

conduje en el desvelo de las ganas

y trajiné las caricias de un verano de ataúdes,
sorbí la garganta de un transitar distendido
y enardecí los moldes de gritos macilentos.

Escolté las solariegas promesas

de un discurso de deseos descalzos,
la inalcanzable estrofa de un te amo sin pupilas,
las tertulias de mis manos anohecidas,
de mañanas apareadas
con los paisajes de una fogata,
que expone en sus cenizas las venas de la tarde.

Hice un trueque desde mi zodiaco

para que no riña con mi juventud perpetua,
la que guardo en el bolsillo pequeño
de un recuerdo deshecho por los decires...

56

Tu recuerdo asaltó mis dobleces.
Detuve el panorama en mi escondrijo de amante
y rebusqué tras el éxtasis tu estructura extinguida.
¡Hacía rato que no desvestía al temor hecho deseo!
Tu callada voz se confundió en desplante,
el presente fue posándose en mi encéfalo turbado.
La incertidumbre era punto y seguido en mi existencia
y la calma anhelada delató mi agónica espera.
Pretéritos nublados jinetearon al desenfreno
que trasfundió en la piel ayeres evocativos.
Observé caminante el final del poniente,
pero solo logré dorar mis pupilas extenuadas.
Más allá,
en un barranco que se asomaba amenazante,
tropecé obstáculos que sonrieron a mi presencia.
Núviles pretextos socavaron mis sienes
advirtiéndome de una sísmica distancia,
y un susurro envuelto en gritos destemplados
me anunció que le ganaré a la derrota,
cuando nuevamente,
estruje tu cuerpo con mis ganas...

Olvidarte no fue la osada muerte...
Hoy desperté con hambre de soledad
y desayuné con las mieses de tu ausencia.
Tu alias se traspapeló
en los folios de mi vida espuria,
ya no recuerdo si te tuve entre mis besos,
o si solo deslizaste tu figura indócil
entre las sábanas impregnadas de marchitas siluetas.
Lo pasajero te anotó en su raída libreta,
ya no es insinuante la carne atardecida,
no es lo amado un arlequín de feria
que asalta los caminos de la noche.
Ahora la mujer que amo me celebra
y juntos hechizamos al viento
tomados de las ganas,
mientras las manos abrazan cada dedo.
Los torbellinos entregaron sus cuerpos
girando más allá de cualquier nostalgia,
y la cama que emancipó nuestras pieles
ahora desorbita una a una
las inapetencias de las miradas.
Ya de aquel tu nombre no me acuerdo...

El corazón es un cuarto oscuro
 donde escurre el alma los instantes.
 Una caricia derramada
 es como la luz que se transmuta
 para difuminar los espejos de la tregua,
 lamer las frases que caen al suelo,
 remendar la vida rota
 y los pedazos de sonrisas
 que asoma la alegría vestida para el festejo.
 El corazón es esa goleta a la deriva
 que se incrusta en una mirada triste,
 o en las conjeturas que suplicantes
 van esparciéndose entre los juramentos.
 Es una emoción hecha latido,
 la flor que emerge en los inviernos,
 la rosa sumergida en un verano,
 el destello de los signos tatuados
 que pululan entre las ruinas sobrantes,
 cuando la pasión ha pasado inadvertida.
 Es una caja resonante,
 una ilusión a lo lejos
 que acerca sus pestañas a los colores
 repartidos en la lujuria de un recuerdo,
 mientras los meñiques de la dicha
 buscan a tientas los motivos.
 El corazón es un farol que se apaga
 cuando la luna le da la espalda al idilio,

un todo que se enciende
al beber el rayo de sol que lo ilumina,
una costra en la herida de mil lujurias,
un paréntesis en el evo de cada historia.
Es como una inagotable gota desprendida
desde las refulgentes crestas,
de un deseo emancipado...

59

Mi impúdico arrebató se derramó
sobre tu cielo ebrio de espera...
bastó una lúbrica coartada
para inmolar la invitación del escondite.
El gélido suelo guiñó el ojo a nuestras ganas
y un calmado soplo despejó la incertidumbre.
Las paredes deladoras rieron sonrojadas
cubriendo la lobretejez con su mirada réproba,
mientras la fusión nocturna de los cuerpos
coronaba con crisantemos los disfrutes.
El amanecer apresuró su parto,
para alcanzar las pieles constreñidas
por el júbilo de la pasión atrapada
en el desenfreno del convite.
Una risueña sinfonía se cubrió de oídos trashumantes,
para ahuyentar al delator testimonio
que habría de acompañar el metal de las pisadas.
La mansa esencia de caros afectos
despertó ponderados peligros del encuentro.
Pero ya era tarde,
todo había sido consumado...

Fui solo un rato en los siglos de tus afectos.
 El inventario del amor ya no me cuenta entre sus bienes.

(Apenas recuerdo algunos pedazos de alegría).
 Quiero verte,
 darte un verso en la boca,
 estrujar tu garganta hasta ahogar las palabras,
 comer del hambre que te sacia,
 ser alimento de tu apetito,
 efluvio de tu espíritu.

Quiero apretujar tu piel hasta asfixiarme,
 arrugar tu alma con mis labios,
 sumergirte en la bahía de mis lágrimas.
 (Convertiste las caricias en un plato insípido,
 para el menú de mis carencias)

Aún conservo en mis instintos
 la última limosna que me diste
 en la sínfisis de mis manos extendidas,
 tras las rodillas de la súplica vana
 en la penumbra de la duda infértil.

(La ilusión es un árbol de frutos muy altos,
 que empina sus ramas a la piedad de un instante)
 Serviste la mesa a la parca que conforta,
 extendiste la mantelería de la indiferencia,
 urdiste en tu apatía la pólvora que quema sienes,
 la sogá de un cadalso,
 los mares que escupen huesos rendidos,

que arrastran en su corriente
las causas perdidas,
los desahucios infinitos,
los amores extraviados,
las copas del desaire rebosadas de tristeza.
El catre repleto de amargura y penas,
aguarda el momento de mi galope
en las alas de un ilícito destino
forjado por tus desplantes,
tus despiadadas mentiras
y tu aberrado engaño,
al borde de mi propio precipicio...

61

Fuimos violetas al amanecer de alguna tarde,
 esclavos de una libertad confundida,
 olas de un elogio con luz propia.
Volvimos a nacer al fraguar una muerte prematura,
 a deambular en infinitos amaneceres,
 mientras nuestras almas se trajeaban
para la boda interruptus,
 para el acíbar de las mieses,
 para la mañana de cada misa
y las plegarias esparcidas del domingo,
 entre las manos primas de una guitarra.
Fuimos níspero y manzana,
 óleo disipado en una aventura oprobiosa,
 águilas escarpadas en el vientre de un volcán,
 secuaces del *inorgullo*,
 cuerpos fundidos en los rincones del deleite,
 peones apresados en la elipse de una pirueta.
Fuimos un barco con pies mojados,
 estatuas de barro con zapatos de centeno
 melindres puntiagudos,
 bocas azarosas,
 el amargo de lo dulce
 y la miel de una aventura recóndita.
Fuimos lo que el amor construyó aquel invierno
 cuando nos rodearon los matices del idilio,
 entre las brumas de lo prohibido.
Fuimos amantes furtivos

a plena luz de las miradas,
el sol interno de una caricia correspondida,
la a y la erre del amor desvestido.
Fuimos un instante,
un universo pletórico,
una efímera complacencia.
Fuimos lo que pudo haber sido...

Zarpé buscando el país de las Alicias,
desnudando en el epítome de los caprichos
una esperanza extraviada.

Retorné muchas veces al ojo de los vientos,
até a un árbol el maderamen del camino,
esculpí lentamente los colmillos de la envidia
y enjaulé la algarabía de un triunfo en su mitad.
Surqué un desierto de sombras y trasnochos,
hasta dar alcance a una aurora somnolienta
en el reverso de un desaliento humedecido,
mezclado con las danzas del fuego.

Me asomé a tus ganas,
a tus carencias,
escarbé las mañanas
como quien busca el pez al final de la carnada,
para escudriñar tus senos desbordados,
apuntando su deseo a mis ojos.

Ahora,
al final de mi periplo,
apareo mi destino sin gracia alguna
y la impudicia extiende su factura inédita
para hacerse de las rentas del infortunio.

Hoy,
en el extremo sur-finito de mi otoño,
flamea petulante y vanidosa,
tu manida silueta de amante extinta...

Ese día,
 tus ojos desprendieron flamas y evocaciones,
 lanzaron al aire las miradas
 como dagas afiladas para la muerte.
 La danza de la espuma copó al mar de los arcanos,
 perturbó la alegría de una canción serenata,
 cantó a las lisonjas del verbo,
 escudriñó bajo la alfombra de tus caprichos,
 mientras tu piel le sonreía a la mía
 como queriendo irrespetar al recato.
 Él,
 trepó al árbol de frutas embebidas
 en los cocteles de las almas impuras,
 en procura del fruto rancio de las traiciones
 y el aroma del vuelo de una pluma canora,
 que embiste con su túnica ajada
 a la alternancia de lo posible.
 Tú y yo le sonreímos con desprecio
 a la distancia de nuestras sábanas
 cada noche de apetencias y deslealtades,
 cada pensamiento dibujado con el deseo,
 cada palabra pronunciada
 en el mutismo de la osadía,
 en los eclipses del tremor
 que auguran los miedos,
 en la sed del sabor de lo prohibido,
 en la succulencia del disfrute.

Él,
nunca supo de nuestras ganas...

La lujuria encalló en el preludio de sí misma.

Un océano de apetitos

se revolcó en el vaivén de las mareas

que nacieron con el parto del ocaso.

Las ansias gritaron desde su tacto suplicante

las ganas de tu piel indefinida,

tus abrazos delirantes,

el acariciante estornudo de las pupilas,

el desnudo torso,

apuntando tus senos

al ardor en la ausente flacidez de mi cuerpo.

No supimos de miradas indigentes,

extraviamos el pudor de los huesos,

la virtud del deseo catapultado,

inútiles vertientes de lo prohibido,

la fogosidad del roce infinito

y la timidez del anfitrión sol veraniego,

sobre la arena derramada en cada gesto.

Vestimos de aguamalas la soberbia,

para que los réprobos lenguajes

no enturbiaran el alarido sensual

de nuestra heterodoxia proscrita.

Los gemidos quedaron atrapados

entre el placer y el miedo,

en la profundidad del goce,

sobre el antifaz de lo sublime,

bajo el sudor de nuestra sangre hirviente,

más acá del recato de las algas adormecidas
que lamían nuestros pies desbocados.
Lo sensato fue arrastrado por el extasío
hasta las cavernas del original pecado...
hasta el desenfreno subversivo,
hasta el aliciente en la interina compañía.
Desde entonces,
rebusco en mi memoria sin aditivos depresores,
ese rostro,
esa carne,
esos ojos,
que lanzaron mi alma sin ropas
por el barranco de un momento de locura...

65

Dejaré que te aproximes sin mirarte...
no le hablaré a tu prepotencia
y aguardaré que un común amigo nos presente,
para ver si así logro conocer tu norte.
Las frases dichas con colores y bengalas
están guardadas en un roto bolsillo de silencios.
Los besos que sembraste
ahora destierran a mis labios ateridos,
ignoro los motivos
para desoír mi existencia desdeñada,
desconozco el porqué de tu indiferencia,
no quiero enterrarme un puñal de resentimientos,
saber que con alevosía,
premeditaste el asesinato de lo nuestro,
entender la anatomía del desprecio,
asimilar que ya no eres el otro lado de mi cama,
que tus jadeos ahora enloquecen a otro mendigo.
(Aterradoras penas
medran en la solapa de mis sospechas,
con seductoras ganas de equivocarme)
Al final de la tertulia con mi desconuelo,
temo que tus lágrimas trastocadas
ya no pronuncien mi nombre entre dientes...

Hoy le mordí la lengua al dolor.
 Esa sensación espinosa que se incrusta
 en los pies imbuidos de caminos,
 que desconoce si el latido del alma
 es o no un paquete de correo,
 cuyo remitente descansa en la paz de la miseria.
 Este pensamiento que estorba a la pereza,
 cabizbajo, somnoliento,
 pretende ser algo más que la ignorancia,
 extraña y gélida coincidencia
 abreviada en la promiscuidad de las monedas,
 o en la falta de ellas,
 o en la escasez de ellas,
 o en la total ausencia de ellas...

Hoy le mordí la lengua al dolor
 y el bálsamo dispensado cavó la tumba invicta
 de eso que llaman intelecto,
 de esa cosa que nadie sabe con qué se bebe
 ni con cuál osario retorna a los grises de la tarde.

Hoy fui carne de cañón frente a la impotencia,
 la soberbia anduvo por allí acunándose risueña
 en extremos de ágrafas barbaries.

Volteé sumiso mis ojos a la palabra
 para no adjetivar a lobeznos incongruentes,
 que mirando extasiados el enjuto dedo que apunta,
 se pierden el sol del amanecer tras la aurora...

¿Acaso es una fogata
 lo que brilla en tus ojos?
 ... ¿o es la plenitud de la euforia?
 El peso de tu mirada soporta
 lo erótico de tus carnes,
 el balance de lo eterno,
 las cuadrículas (co) ordenadas
 de un horizonte sin tiempos verbales,
 ni palabras que sonsaquen al sigilo
 que se alberga en tus cálidas pestañas.
 El azul de tus caricias
 acompaña los halagos de la noche,
 impregna de armonía tu tacto compungido,
 la estela de tus manos en modo <abrázame>
 y tus cabellos acorralados
 entre la bruma y mis besos.
 Los itinerarios rompen el oleaje en tus retinas,
 y la equimosis de tus afanes
 penetra los trastornos de la angustia.
 Los leños de tus pupilas edulcoran mis ganas,
 la lujuria se aposenta plácida
 en butacas de durazno y pétalos de aurora.
 El adiós obligante es como un largo túnel
 sin luces que nos devuelvan las cenizas sobrantes,
 al final de la ruta...

La calle ofertaba su silueta manoseada...
Las pisadas solitarias fueron al encuentro
 de la pasión envuelta en orfandades.
Los cristales de las horas
 derritieron las fronteras
 y las aceras de rostros demacrados.
Entre la mampara de la tarde
 y la obscenidad de la noche,
 le fue creciendo el cabello a la impudicia,
cuando las retinas encendidas
 en los reflejos del deseo,
 navegaron la espesura de los lamentos.
La carne se hizo cópula...
La lujuria forjó alaridos entre paredes,
 al tiempo que las penas se asfixiaban
 en burbujas de inquietudes y desvelos,
 de medianoches y amaneceres.
Al final, las monedas tintinearón
 en el azafate de la mujer desarropada...

La nostalgia es un cajón de letárgicas resonancias.
Encierra los recuerdos que despiertan a la mañana,
traduce los idiomas de dolores emparentados
con el rocío de un destino en las fronteras del oprobio.
Riega con sus ganas los jardines emboscados,
con sus manos desdice las voces del viento,
tamiza con sus ojos la piedad de los perdones negados
y desgasta con suspiros las plegarias de un sentimiento.
La infame nostalgia abarca con sus brazos
los extensos huesos de la lástima,
arrodilla con su miseria las almas milenarias,
el rictus de rostros derramados,
las curtidas paredes del llanto,
y las libertades prisioneras
en un episodio de embeleso.
Arropa con el crujir de su cuerpo
los silbidos de la aurora,
empantana las súplicas nómadas
en la oblicuidad del destino,
y amasa esperanzas incrustadas
en las mitades del deseo,
mientras parte en pedazos cuadrados
las vísceras de la espera...

Deslizándose
suavemente
por cada borde,
logró alcanzar la misma orilla.
Tocó con sus garras enguantadas
los flancos del mercader de fragmentos.
Pintó de rencores los paisajes errantes,
y omitió sus mejores deseos.
Hoy vaga sin rumbo cierto
en las arenas movedizas de ilusiones,
derramadas por el descuido...

El hechizo de tu voz ardió inquieto,
la adversidad fue apocada
por la fuerza de los encantos,
los deleites del desenfreno imperfecto
fraguaron delicias aprisionadas en mi coraje.
La sombra de huellas peregrinas
espantó las arenas de lo ficticio,
cuando tu rostro impasible
encendió la luz de un poema.
El horizonte engulló tintas y acuarelas
para pintar de arrebató la mies de tus caricias,
cuando estas irrumpieron en los pórticos del aplo-
mo.
Aves de hielo y polvo magulladas de súbito,
estremecieron con sus garras los cabellos de la
luna,
todos los contenidos rebosaron los continentes,
y el deseo besó delicadamente los labios refugiados
en lánguidos aullidos.
El alborozo retornó a tu sonrisa,
y tus manos impacientes
ya no detuvieron mis apremios...

¡No lo hagas!

No digas que me quieres,
ni desnudes los vestidos
que cubren tu aroma de veredas,
de mentiras y arenisca,
de colores en esencias de olvido,
de partos prematuros con dolores de adverbios,
que pernoctan en océanos de bosques y pinceles.

Vuelve tu pecho al rocío,
desgasta las retinas de visiones dispersas
entre saetas deslizadas en hilos de sol y luna,
que amamantan los deseos
y proscriben las palabras acentuadas.

No digas que me quieres...

No malgastes las ganas,
ni revuelques los sentidos,
como si tus manos contuvieran en sus talones
las preguntas de otros días,
en otras latitudes con vientos erosionados
por la mezquindad de cúpulas itinerantes,
que ahora contienen las huellas del pasado.

¡No digas que me quieres!...

73

No vuelvas...

No deseo que des alcance a la miseria,
que te sumerjas en la hecatombe,
te asfixies con el vaho de satanes
apropiados de mañanas y futuros,
perpetradores del secuestro de la dicha
con vuelos de sonrisas
goteadas desde las axilas del engaño.

No vuelvas...

Elude el infierno de ideologías desbocadas,
los confines de lo absurdo,
los trasnochos de plegarias,
las descarriadas fauces de ene bestias
en la escatología de la mentira despiadada,
y el estiércol de gusanos por el poder embebidos.

No vuelvas...

Evita que te arrope la barbarie
con las frazadas de la ignominia,
esquiva el agobio *pre mortem*
y rezaga el negro de tus lutos.

Embala en la aventura necesaria,
los alfiles quebrados
en el ajedrez de las frustraciones
y resígnate a hacer felices los abrazos de la distancia.

No vuelvas...

¡Que el desamor no abrume tus latidos!
Desdobla las epístolas del retorno,

configura tus placeres en horizontes extraviados,
seca en recónditos vientos las lágrimas gastadas,
mira a los tuyos con geográfica miopía,
e impregna tus retinas de un adiós impredecible,
desde las gitanas caravanas
que emprenden los destierros.

No vuelvas...

envía tus caricias en incólumes remesas piadosas,
para salvar de la vida
a quienes no nos queda otro bien que la muerte,
con la dignidad agazapada en el pecho,
para que las huestes malditas
no le disparen a mansalva,
y se emborrachen con las preseas del triunfo.

No vuelvas...

apiádate de tu porvenir,
no seas elemento de contradicha para el anhelo,
ni te conviertas en culpable por desacato
a los designios del tiempo.

Escarba las hondonadas de la tristeza
y exclúyela de tus vivires.

¡No dejes lugar para el arrepiento!

No vuelvas...

no amalgames en tus inofensivas manos
puñales enquistados en los ocasos del alma.

Trata de tocar con las puntas de tus dedos
la bondad de un ser superior,
que nos auxilie en el trueque de la desgracia
por obsequios lazados de libertad y esperanza,
en devenires vestidos de quietud y sosiego.

No vuelvas...

no quieras desgranar tus carencias
en el absoluto vacío de la nada,
en un mar de misericordias reseca­do por la ausencia,
empapando de irascibles rostros taciturnos
los ruegos de la justicia rebo­sa­da,
en vasijas repletas de perdón a los pecados.
¡Vayamos juntos a buscar la eternidad de lo posible!

No vuelvas...

no seamos ingenuos reos de la dádiva cíclica
que nos reúne en torno a míseros granos,
que se acodan en envases de apática indigencia.

No intentes restañar heridas

que exponen al sol los temores
y engarzan los epítomes de una aberrante autarquía,
en las prominencias de la ignorancia.

No vuelvas...

que no sea la desolación lo que reciba a tus épicos amores,
ni bosques de verdor ensangrentado,
esquil­mados en sus raíces de metales
y arrasados por la voracidad de la avaricia.

Que la justicia trajeada de corrompidas ropas artesanas
no te impida ver desnudo el infeliz reinado de la catástrofe,
que ahoga los gritos de la luna sonreída en su desgano.

No vuelvas...

no desbarates lúdicas osadías
en fronteras violadas por el apremio de mejor resguardo.
No reboses de posibles los moldes de la alegría
que ahora configura el firmamento de tus querencias,
el oxígeno de tus vísceras siderales,

la verdad de tu sentido de pertenencia.
¡No des la espalda a tu nuevo sino propio!
No vuelvas...

 Limítate a existir a lo lejos,
 encuadra tu confort en el provecho del talento,
 no lo malgastes volviendo a la oscuridad de un punto del mapa,

 perdido entre la añoranza y la desidia.
Algún día, alguna vez, algún equinoccio de esos infinitos,
 la historia apartará su silueta malograda,
 para dar paso a la inmensidad del reencuentro.
No vuelvas...

 dale a la medida la ocasión para el retorno,
 invierte las ansias con oasis de primavera
 y contenturas de otoños saturados de ruegos y creencias.
Espera en tu añoranza,
 el saberte acariciada por la brisa que atrás dejaste,
 cuando emprendiste la infeliz aventura
 que te devolverá hecha misiones el destino.

No vuelvas...

 Quédate en la otra orilla
 con tu cuerpo disperso en la hierba de algún camino,
 con tu presencia gratinada en auroras boreales
 y tus vacantes aproximando la intemperie del mediodía.
Despierta cuando despierten las gotas del ya basta,
 para que puedas disfrutar la libertad en tu entrecejo
 y proscribas lo que a tu estirpe le hizo daño.
No vuelvas...

Contenido

1	5
2	7
3	8
4	9
5	10
6	11
7	12
8	13
9	14
10	16
11	18
12	19
13	20
14	21
15	22
16	23
17	24
19	26
20	28
21	29
22	30
23	31
24	32
25	34
26	35
27	37

28	39
29	40
30	41
31	42
32	43
33	44
34	45
35	46
36	47
37	48
38	49
39	50
40	51
41	53
42	55
43	56
44	57
45	58
46	59
47	60
48	62
49	63
50	64
51	65
52	66
53	67
54	68

55	70
56	71
57	72
58	73
59	75
60	76
61	78
62	80
63	81
64	83
65	85
66	86
67	87
68	88
69	89
70	90
71	91
72	92
73	93

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 23 días del mes de enero de 2023, el mismo día de 1958 en que fue derrocado el dictador Marcos Pérez Jiménez.